

Primer Manifiesto del Surrealismo

Salvador Dalí (Figueras, España 1904-1989). Pintor y poeta catalán. Compartió experiencias artísticas con Luis Buñuel y Federico García Lorca; explotó en su obra los recursos del cubismo, del realismo y de la pintura metafísica de Chirico hasta encontrar su propio estilo en 1929, año en el que ingresa al grupo surrealista. Es el inventor del método paranoico-crítico que aportó al surrealismo como método alucinatorio de indagación de la realidad. Sus poemas se encuentran registrados en "La femme visible" y en "L'amour et la Mémoire" (1930-1931).



VI parte

Pero habiendo la ventana acompañado al hombre en su desplazamiento, me di cuenta de que me encontraba frente a una imagen bastante extraña, y repentinamente me dominó la idea de incorporarla a mi material de construcción poética. No bien habíale acordado este merecimiento cuando se presentó una retahíla de frases que me pasmaron en igual medida, dejándome una impresión tal de gratuidad que se me apareció como ilusorio el dominio que hasta entonces había tenido sobre mí mismo, y no pensé más que en poner término a la interminable querrela desarrollada en mi interior.

Estando, por entonces, totalmente absorbido por Freud, con cuyos métodos de examen -que tuve ocasión de practicar sobre algunos enfermos durante la guerra- me había familiarizado, decidí obtener de mí mismo lo que se busca obtener de ellos, es decir, un monólogo de elocución lo más rápido posible, sobre el cual el espíritu crítico del sujeto no pudiera dirigir ningún juicio: que no estuviera trabado por ninguna reticencia ulterior; que constituyera, en fin, lo más exactamente posible, y un pensamiento *parlante*. Me había parecido siempre -y también ahora me parece- (la forma como había entrado en contacto con la frase del hombre cortado lo atestiguaba) que la velocidad del pensamiento no es superior a la de la palabra, de modo que no supera fatalmente ni a la lengua, ni siquiera a la pluma que escribe. Fue con esta disposición de espíritu que Philippe Soupault, a quien había hecho partícipe de mis primeras conclusiones, y yo, nos pusimos a borrar cuartillas, con loable menosprecio por las consecuencias literarias de esta empresa. La facilidad de realización hizo el resto. Al cabo del primer día nos leímos unas cincuenta páginas obtenidas con dicho procedimiento, y nos pusimos a comparar los resultados. En general, había una notable analogía entre los textos de Soupault y los míos; se notaban los mismos vicios de construcción, los mismos decaimientos, pero también en todos la ilusión de una facundia extraordinaria, una emoción desbordante, una considerable selección de imágenes de tal calidad como no hubiésemos sido capaces de preparar igual ni una sola en mucho tiempo, un acento pintoresco muy peculiar y, aquí y allá, algunas frases agudamente burlescas. La única diferencia entre los textos de ambos me pareció que estribaba en lo distinto de nuestros temperamentos (menos elástico el de Soupault) y -si me permite una ligera crítica- en que cometió el error de colocar en la cabecera de algunas páginas -sin duda por espíritu de mistificación- ciertas palabras a guisa de títulos. Tengo que hacerle justicia, en cambio, por haberse opuesto tenazmente al menor retoque, a la más mínima corrección, cuando algún pasaje me parecía poco logrado. En esto tuvo la más completa razón, (*) ya que resulta, en verdad, muy difícil estimar en su justo valor los diversos elementos presentes, y puede asegurarse que es imposible hacerlo en una primera lectura. Para quien escriba, al principio esos elementos le resultarán *tan extraños como a cualquier otro*, y naturalmente sentirá desconfianza. Desde un punto de vista poético se

recomiendan sobre todo por un grado muy alto de *inmediata absurdidad*, que cede lugar, después de un examen más profundo, a cuanto hay de más legítimo y admisible en el mundo, o sea la divulgación de cierto número de propiedades y hechos no menos objetivos, en suma, que cualesquiera otros.

Como homenaje a Guillaume Apollinaire, que acababa de fallecer, y que nos pareció haberse entregado, en oportunidades, a ejercicios de esa índole, sin sacrificar empero totalmente los recursos literarios triviales, Soupault y yo designamos con el nombre de *surrealismo* y de la cual nos urgía hacer partícipes a nuestros amigos. Creo que hoy ya no es necesario insistir sobre esta palabra, puesto que la acepción que nosotros le hemos dado ha prevalecido sobre la acepción apollineriana. Con más razón todavía, hubiéramos podido adoptar el vocablo *supernaturalismo*, empleado por Gérard de Nerval en la dedicatoria de las *Hijas del Fuego*. Nerval poseía a los que parece, en el más alto grado ese *espíritu* que nosotros reivindicamos, en tanto que Apollinaire sólo alcanzó a poseer la *letra*, todavía imperfecta, del surrealismo, y se mostró impotente para forjar una concepción teórica que nos conquistara. He aquí dos frases de Nerval que me parecen a este respecto muy significativas:

"Quiero explicarle, querido Dumas, el fenómeno que usted mencionó más arriba. Ya sabe que existen ciertos narradores que no pueden inventar fábulas sin identificarse con los personajes de su imaginación. Recuerde con cuánta convicción nuestro viejo amigo, Nodier contaba cómo le había ocurrido la desgracia de ser guillotinado durante la Revolución, llegando a tal grado de persuasión que uno se preguntaba cómo logro que le pegaran otra vez la cabeza.

"...Y ya que usted cometió la imprudencia de citar uno de los sonetos compuestos en ese estado de ensueño *supernaturalista*, como dirían los alemanes, es necesario que los conozca todos. Los encontrará al final del volumen. No son más oscuros que la *metafísica de Hegel* o los memorables de Swedenborg, y perderán su encanto al explicarlos, aún en el caso de que fuera posible hacerlo.

Concédame, al menos, el mérito de la expresión.

(*)Estoy cada vez más convencido de la infalibilidad de mi pensamiento con respecto a mí mismo, lo que es muy fundado, con todo, en esta escritura del pensamiento, donde se está a merced de cualquier distracción exterior, pueden producirse "mejunjes". No tendría disculpas tratar de disimularlos. El pensamiento es, por definición, fuerte e incapaz de incurrir en errores. Las evidentes debilidades que aparezcan hay que achacarlas a las sugestiones que le llegan de afuera.

(Continuará)